

8. Los fenicios y la Edad del Hierro en el Centro y Sur de Portugal

Los datos expuestos en las páginas anteriores suscitan algunas consideraciones que, repitiendo en parte hipótesis formuladas y posibles explicaciones, sintetizan muchos de los aspectos parcialmente discutidos o presentados de forma dispersa a lo largo de este texto.

Sin embargo, no puedo dejar de mencionar que, en gran parte motivada por las razones expuestas en la *Introducción*, decidí no presentar una *Conclusión final*, sino más bien una síntesis y, partiendo de la información disponible, enumerada en los capítulos anteriores, exponer una posible versión de la realidad que he analizado.

Si bien es cierto que la escala tenía una considerable dimensión, no he conseguido, tal vez por ello, suprimir el lamento positivista de la escasez de información que pude manipular. Aun admitiendo que los datos hubiesen sido más numerosos, tal vez tampoco hubiese podido entender el pasado tal y como efectivamente aconteció. No tengo dudas de que la muestra estudiada ha sido excesivamente corta y que el limitado número de los elementos disponibles limitó siempre el análisis y el discurso.

El encorsetamiento provocado por la ausencia de la «población total» no me impide, a pesar de todo, pensar que puedo permitirme algunas observaciones finales de las que destaco, en primer lugar, el carácter eminentemente litoral de la presencia y del comercio fenicios. El análisis, que pretendí exhaustivo, de los elementos orientales y orientalizantes del territorio actualmente portugués, permitió comprobar que esos elementos surgen sobretudo en la orla costera, y una evaluación objetiva de los datos disponibles evidencia que, en el mismo litoral, esos fenómenos parecen concentrarse casi exclusivamente en áreas restringidas, concretamente en el estuario de los tres grandes ríos (Sado, Tajo y Mondego) que desaguan en el litoral occidental y en regiones de la orla costera del Algarve.

La presencia fenicia, a pesar de intensa y relativamente precoz, asume así y finalmente proporciones relativamente reducidas y parece obvio que quedó limitada a áreas concretas y, dentro de estas, apenas a algunos yacimientos. Todo indica, por tanto, que la gran mayoría del actual territorio portugués quedó completamente ajeno a la actividad comercial que esa

presencia implicó, y en la que no participa, al menos directamente.

Aún sabiendo que los modelos de los sistemas mundiales fueron construidos para sociedades capitalistas, me atrevo a utilizar aquí algunos conceptos que se desarrollaron a partir de ellos, concretamente admitiendo que el área de presencia e influencia directa de los fenicios occidentales en el actual territorio portugués se constituyó, a partir de la 1ª mitad del siglo VIII a.C. (cronología histórica), en una verdadera «periferia» que mantenía con el «centro» relaciones de diversa naturaleza.

El Alentejo interior, donde tardíamente (finales del siglo VI – inicios del V a.C., cronología tradicional o histórica) llegaron algunos elementos orientalizantes y también algunas innovaciones tecnológicas, que por ser tardíos y poco representativos no han sido tratados en este trabajo, parece corresponder a un «margen», en el sentido que Sherrat atribuye al concepto (1993, 1994).

Debo señalar que parece cierto que la presencia fenicia en el litoral del territorio hoy portugués implicó, a partir de la 1ª mitad del siglo VII a.C. (cronología tradicional), el establecimiento permanente de poblaciones con origen en el área del Estrecho de Gibraltar, en yacimientos fundados *ex nihilo*. Los datos actualmente disponibles permiten, de hecho, afrontar Abul y Santa Olaia como fundaciones coloniales, fundaciones justificadas por la necesidad de estructurar mejor y organizar la actividad comercial que asumía, ya entonces, un dinamismo que les obligaba a ello.

Por otro lado, las cantidades de cerámicas orientalizantes de Alcácer do Sal, Almaraz, Lisboa y Santarém y algunas técnicas constructivas detectadas en sus estructuras habitacionales (pavimentos de cal molida y paredes de adobe) pueden indicar que, en estos poblados indígenas, algunos segmentos de la población serían de origen oriental.

Como tuve la oportunidad de mencionar a propósito de Santarém, existen determinadas tecnologías que difícilmente pueden ser aprendidas sin un conocimiento directo. El torno de alfarero, la obtención y aplicación de engobes, la metalurgia de la plata, la pasta vítrea, por ejemplo, no son tecnologías que puedan dominarse sólo a través de la observación de los objetos ya manufacturados. Tampoco son conocimien-

tos que puedan transmitirse oralmente cuando se procedía a cualquier cambio de productos. A pesar de que no son técnicas transcendentales, parece obvio que el *know how* sólo podría aprenderse a través de la observación y, sobre todo, de la práctica directa, lo que obviamente presupone la permanencia de individuos que dominen ya esas tecnologías.

La llegada de fenicios occidentales al litoral del territorio actualmente portugués provocaría también, en términos sociales, económicos y de desarrollo tecnológico, la creación de profundas diferencias regionales.

Creo que puede deducirse de los datos disponibles que el territorio que constituye hoy el Sur de Portugal no correspondió, durante la Edad del Hierro, a una unidad homogénea, ni en términos culturales ni sociales, independientemente de que parezca clara la existencia de una «entidad mediterránea» común. Que esa entidad se reviste de una expresiva diversidad es lo que destaca de los elementos que pude estudiar y organizar. Esa diversidad, ciertamente también, fue el resultado de un espacio geográfico muy amplio donde se movió una constelación de grupos humanos organizados en distintos grupos sociales.

Es importante en este contexto insistir en que en el litoral orientalizado el poblamiento presenta una notable continuidad, sin que se registren, en la mayoría de los casos, rupturas en la ocupación desde el Bronce Final hasta, al menos, el final de la época romana. Conímbriga, Santarém, Almaraz, Alcácer do Sal, Setúbal, Castro Marim, son yacimientos cuya ocupación es continua e ininterrumpida durante todo el I milenio a.C. También puede apuntarse que no es únicamente en el tipo de implantación, ni en las áreas ocupadas, donde se constató esta continuidad, sino que también a nivel de la propia matriz cultural de los materiales recogidos se percibe igualmente la ausencia de discontinuidades.

Independientemente de las diversidades que, en la 2ª mitad del I milenio a.C., se observan entre las realidades de la cultura material en el litoral occidental y la orla costera del Algarve, y que más adelante discutiré, lo cierto es que las relaciones profundas de estas áreas geográficas con el mundo mediterráneo, interpretadas a través de los restos recogidos, son una constante a lo largo de toda la Edad del Hierro. Los datos que recogí y analicé muestran, de hecho, una total continuidad de comportamiento, no sólo a nivel del tipo de poblamiento como también en la propia cultura material.

En ninguno de los yacimientos orientalizantes del litoral occidental o de la orla costera del Algarve, fue posible constatar materiales que se pudieran incluir

en lo que, según el modelo elaborado a finales de los años 70, se acostumbra a designar como II Edad del Hierro, a pesar de que no existen dudas en cuanto al hecho de que, durante la segunda mitad del I milenio a.C., estos yacimientos habían permanecido ocupados. Los materiales arqueológicos que habitualmente se asocian a esta segunda Edad del Hierro permanecen ausentes del contenido de los inventarios. Es importante señalar que las escasas cerámicas estampilladas que recogí en le Alcáçova de Santarém provienen, *en su totalidad*, de niveles arqueológicos correspondientes a la ocupación romano-republicana.

Debo insistir en que en los poblados orientalizantes de la area occidental de Portugal se mantuvieron, a lo largo de toda la Edad del Hierro, formas, decoraciones y tecnologías alfareras, por lo que parece demostrado el «conservadurismo orientalizante» que, en 1993, propuse que existía en los yacimientos costeros. En Santarém, Setúbal, Alcácer do Sal, Conímbriga y, teniendo en cuenta lo que se conoce, en Almaraz, la cerámica gris, los *pitthoi*, las decoraciones pintadas a bandas son, con excepción de algunos detalles, idénticas en todos los momentos de la diacronía de la Edad del Hierro. Platos y cuencos de borde ancho de cocciones oxidantes se mantienen en cuanto forma dominante en el servicio de mesa, desde los momentos iniciales de la Edad del Hierro hasta la llegada de los primeros productos romanos, a pesar de que el engobe rojo pierde, a partir de la 2ª mitad del I milenio a.C. su importancia en cuanto tratamiento dominante.

En este contexto, creo que pude demostrar que el hiato existente en la ocupación del Castelo de Alcácer do Sal entre finales del siglo VI e inicios del IV a.C., en cronología tradicional, es únicamente aparente. La destrucción de las habitaciones de la fase III por un incendio no significó abandono del poblado en ningún momento de la diacronía, ya que ese abandono no ha sido probado por ningún dato arqueológico, existiendo, por el contrario, elementos que indican que, durante la segunda mitad del siglo V a.C., el Castelo de Alcácer do Sal permaneció ocupado. Es el caso de los fragmentos de cerámica griega y de las ánforas que se recogieron en los estratos correspondientes a la fase IV e indican cronologías tradicionales o históricas del tercer cuarto del siglo V a.C.

Como tuve la oportunidad de exponer con detalle, los materiales de la Edad del Hierro del Castelo de Alcácer do Sal presentan gran similitud cultural y tecnológica a lo largo de toda la diacronía, siendo, desde mi punto de vista, imposible hablar de discontinuidades ocupacionales y de rupturas culturales. Por el contrario, los datos publicados evidencian el ca-

rácter orientalizante del que se reviste la totalidad de la ocupación de la Edad del Hierro, sin que queden dudas de que el material arqueológico del Castelo de Alcácer do Sal está impregnado de características mediterráneas, siendo clara la permanencia, a lo largo de todo el I milenio a.C., de formas, decoraciones y tecnologías alfareras.

También en relación a Alcácer do Sal, creo importante destacar que los elementos que han ofrecido las excavaciones de la necrópolis de Senhor dos Martires no parecen desmentir estas observaciones, a pesar de haber defendido que algún material datado en la 2ª mitad del I milenio a.C. se puede relacionar con el mundo meseteño.

En primer lugar, creo que es posible deducir de los datos publicados que las incineraciones *in situ* y en urna pueden haber tenido lugar en un mismo momento de la diacronía. De este modo, es obvio que los dos rituales funerarios practicados no traducen ninguna ruptura cultural, hecho que los materiales arqueológicos, asociados a los dos tipos de incineración, también confirman. Pero, aun admitiendo que el ritual de incineración en *ustrinum* fuese posterior al de la incineración *in situ*, lo que parece difícil sustentar, creo que es evidente que la matriz cultural mediterránea se mantuvo todavía en la segunda mitad del I milenio a.C. Por ello, no creo que se pueda observar alguna ruptura étnico-cultural en ningún momento de la utilización de la necrópolis, ni que las incineraciones en urna puedan traducir esa ruptura.

Continuar manteniendo que la necrópolis de Alcácer do Sal es elocuente testimonio de la discontinuidad cultural entre la primera Edad del Hierro Orientalizante y una segunda Edad del Hierro Continental, basada también en el incendio del poblado localizado en el Castelo, parece, pues, imposible.

Anteriormente ya mencioné que, a partir de la 2ª mitad del I milenio a.C., los conjuntos artefactuales del litoral occidental y de los poblados localizados en el Algarve pueden distinguirse entre sí. De hecho, mientras que en las primeras centurias del milenio existen claras afinidades entre la cultura material de toda la costa portuguesa, no parece suceder lo mismo a partir del inicio del siglo V a.C., en cronología tradicional. Creo que he dejado claro que el Castelo de Castro Marim mostró, en los siglos VII y VI a.C. (fechas históricas), materiales orientalizantes semejantes a los detectados en los estuarios del Sado, Tajo y Mondego. Las ánforas, los platos y cuencos de engobe rojo, la cerámica gris y los vasos pintados a bandas de tipo *pithoi* recogidos en aquellos yacimientos del Algarve no desentonarían en los conjuntos artefactuales de los poblados de la costa occidental.

Los datos recuperados y presentados muestran que, también aquí, y en la primera mitad del I milenio a.C., los materiales arqueológicos poseen características eminentemente mediterráneas, directamente conectadas con el mundo fenicio occidental.

Especificando aún más, insisto en que los materiales que pude asociar a la primera ocupación del Hierro de Castro Marim, concretamente el trípode, el ánfora y el vaso globular, así como también los fondos de platos de engobe rojo y la cerámica gris, tienen realmente muchas afinidades de forma, fabricación y tipo de decoración con ejemplares idénticos de otros yacimientos orientalizantes peninsulares. Es también inquestionable que su presencia en el Sudoeste de la Península Ibérica se debe al contacto de esta región con poblaciones de origen oriental, instaladas, desde inicios del siglo IX a.C., en el área del Estrecho de Gibraltar.

Fue curioso comprobar cómo la región del Algarve se distancia, a partir del siglo V a.C., de los poblados localizados en los estuarios del Sado, Tajo y Mondego. En estos últimos, y como ya mencioné, la cultura material de la segunda mitad del I milenio sigue los esquemas formales y decorativos de la primera mitad, llegando a impresionar la poca variabilidad observada a lo largo de toda la Edad del Hierro. Por el contrario, en el Algarve, los materiales, aunque continúan marcados por una clara matriz mediterránea, se diversifican, distanciándose de este modo de los del litoral occidental mientras que se aproximan a los que se recogen en Andalucía Occidental.

De hecho, la proximidad entre las dos regiones separadas entre sí por el río Guadiana es inmensa entre los siglos V y III a.C. Se debe destacar, en este sentido, las similitudes entre los materiales de los poblados del Algarve (Castro Marim y Cerro da Rocha Branca) y los de Andalucía – entre otros Huelva, La Tiñosa, Cerro Macareno, y sobre todo Castillo de Doña Blanca.

De este modo, todo indica, que durante la llamada II Edad del Hierro, el Algarve compartió con la Andalucía occidental un conjunto muy significativo de tipologías y funcionalidades de yacimientos, y también artefactos, centros exportadores, hábitos de consumo y actividades económicas. Esta participación pone en evidencia, a mi entender, un único esquema cultural y un único escenario social y muestra que el Algarve litoral constituía una extensión del territorio hacia oriente del Guadiana, permaneciendo vinculado a Cádiz.

Otro dato que destaca del estudio realizado es la total ausencia, en los poblados del Algarve, de los elementos que, según las tesis de Caetano Mello Bei-

rao, Mário Varela Gomes y Jorge Pinho Monteiro (Beirao, Gomes y Monteiro, 1979; Beirão y Gomes, 1980; Beirão, 1988; Gomes, 1992), y todavía en uso por algunos investigadores (Correia, 1997), caracterizan la llamada II Edad del Hierro. Ni en Castro Marim, ni en el Cerro da Rocha Branca se encontraron cerámicas con decoración estampillada, ausencia que, además, también se registra en los poblados del litoral andaluz. Parece evidente que en el sur del Sudoeste peninsular no se constata, a partir de la segunda mitad del I milenio a.C., la celtización que según los autores citados anteriormente habría ocurrido en toda la región, en «su» II Edad del Hierro.

En este mismo momento, la costa occidental portuguesa parece distanciarse del área del Estrecho y de los territorios meridionales. Los platos de pescado y los cuencos de las llamadas producciones de Kouass, los platos de pescado decorados en la superficie interna con círculos concéntricos, los vasos globulares pintados con líneas en zig-zag que alternan con círculos también definidos por líneas pintadas, están completamente ausentes de yacimientos como Alcácer do Sal, Setúbal, Conímbriga, Almaraz y Santarém. El número de importaciones de ánforas del área ibero-turdetana es también mucho menor aquí que en el Algarve. También debe mencionarse que el número de cerámicas áticas recogidas en los yacimientos de las dos áreas es incomparable en términos objetivos, siendo todavía mayor el contraste si se consideran las áreas objeto de excavación.

Así, todos los datos parecen conjugarse en el sentido de poder defender que el litoral occidental se aleja, a partir de finales del siglo VI a.C. y hasta la llegada de los ejércitos romanos, de la *koiné* orientalizante que afecta a todo el Sur peninsular. Este alejamiento gana todavía mayor dimensión cuando se comprueba que los yacimientos coloniales fundados de nueva planta, como Abul y Santa Olaia, son abandonados en el siglo V a.C. Si bien es cierto que los contactos con esta *koiné* no cesan por completo, todo indica que disminuyen considerablemente y dejan de justificar la instalación permanente de fenicios en territorios que, en la primera mitad del I milenio a.C., se constituyeron como «periferia». Al contrario de lo que se observa en el Algarve, el litoral occidental se desvinculó, a partir del siglo V a.C., del área gaditana. Muy posiblemente, la actividad comercial con los estuarios del Sado, Tajo y Mondego dejó de justificar los costes que los viajes marítimos hacia el norte del *Pro-montorium Sacrum* implicaban, obligando al cierre de los centros reguladores de esta actividad, aunque no es imposible sacar a colación, en este contexto, la llamada crisis del siglo VI a.C.

Insisto, sin embargo, en que esta desvinculación no implicó ninguna integración de las regiones del litoral occidental portugués en el área continental o céltica. Por otro lado, también parece claro que la quiebra de las relaciones de tipo comercial con el área del estrecho de Gibraltar no provocó ninguna disgregación social ni económica de la sociedad indígena que se mantuvo, hasta los albores de la romanización, en un continuo proceso de desarrollo económico, tecnológico y social que se refleja en las áreas ocupadas, en las cantidades de material recuperado y en el conjunto de los restos recogidos en una única necrópolis conocida que se puede asociar a este poblamiento – la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal.

La investigación que he efectuado me permite todavía realizar un conjunto de observaciones que remiten a otra escala de análisis.

No quedando ninguna duda en cuanto al origen de los agentes externos de la actividad comercial (se trata, ciertamente, de los fenicios instalados en el área del Estrecho de Gibraltar), es preciso preguntar, sin embargo, cual fue el segmento de la población que entonces habitaba en el litoral del actual territorio portugués que participó en esta actividad.

Desconocemos casi todo sobre la forma en como estaba organizada la sociedad indígena en el momento de la llegada de los fenicios al litoral occidental de la Península Ibérica, ya que los datos disponibles escasean, o bien son casi inexistentes.

Es necesario no olvidar que los estudios sobre el Bronce Final del sur de Portugal no abundan y la escasez de conocimientos de que se dispone para elaborar un análisis objetivo sobre el tema es muy limitativo y restringido. De hecho, la investigación realizada sobre las realidades del Bronce Final en la Extremadura portuguesa, en el Alentejo y en el Algarve, no se puede comparar con lo que se ha realizado en otras regiones portuguesas, como las Beiras o el Noroeste. Así, la información disponible se resume, casi exclusivamente, en un conocimiento basado, sobretodo, en trabajos de prospección y hallazgos descontextualizados. Es penoso constatar que el estudio del Bronce Final en el Sur del territorio actualmente portugués contiene lagunas difícilmente superables.

La existencia, en el Alentejo y en el Algarve, de gran número de poblados fortificados, instalados sobre lugares de cumbres, con buenas condiciones naturales de defensa y amplia visibilidad, parece ser cierta, ya que aparecen señalados en las numerosas cartas arqueológicas elaboradas, mencionando algunos materiales. Pero se desconoce casi todo sobre la organización de las estructuras habitacionales, de sus

plantas y de las posibles áreas funcionales en el interior del espacio habitado. Este desconocimiento proviene, fundamentalmente, del hecho de que la gran mayoría de estos yacimientos están escasamente documentados. De los pocos excavados (Mangancha, S. Brás, Castelo do Giraldo, Côroa do Frade) existe escasa información, ya que las áreas objeto de los trabajos arqueológicos fueron siempre reducidas, y puede decirse que los datos obtenidos raramente se han publicado en su totalidad, conociéndose únicamente algún material. Sólo Côroa do Frade proporcionó una planta de la fortificación, así como dibujos de los materiales (Arnaud, 1979).

Como es obvio, se hace difícil evaluar la posible sincronía entre estos poblados y otros, aparentemente también del Bronce Final, pero situados sobre laderas de pequeñas elevaciones, y por tanto sin condiciones naturales de defensa, como es el caso del que se detectó hace pocos años en Neves Corvo. Sobre éste tampoco abunda la información disponible. Únicamente se comprobó la existencia de habitaciones de planta sub-circular.

En la Extremadura portuguesa, la situación no es más alentadora. También aquí se presume la existencia de poblados fortificados implantados en cotas altas, sobre los cuales, sin embargo, poco se sabe. El Cabeço dos Moinhos, en Mafra, la Serra do Socorro, en Torres Vedras, Santa Catarina en las Caldas da Rainha, S. Salvador, Rocha Forte y Pragança, en Cadaval, Ota, en Alenquer y Cabeço da Amoreira, en Loures o no fueron objeto de ningún trabajo arqueológico, o éstos no se publicaron. Esta situación también impide confirmar, con la necesaria seguridad, su sincronía respecto a los pequeños poblados localizados al norte del estuario del Tajo, como Moinhos da Atalaia (Pinto y Parreira, 1978) y Tapada da Ajuda (Cardoso *et al.*, 1986; Cardoso y Carreira, 1993; Cardoso, 1990; *idem*, 1994; *idem*, 1995). Sobre el último de estos yacimientos existe publicada alguna documentación (*ibid.*), donde queda claro que las habitaciones tenían planta oval y que todavía eran de sílex muchos de los artefactos relacionados con la práctica de la agricultura, principalmente las hoces. Las dataciones de radiocarbono obtenidas permitieron apuntar para la ocupación del yacimiento una cronología radiométrica situada entre los siglos XIV y XI a.C., intervalo de tiempo que aparentemente se adapta al material arqueológico recogido (hoces de sílex, ausencia de cerámica con decoración bruñida). El yacimiento pertenecería pues a un momento inicial del Bronce Final. Parece que fue abandonado en un momento en el que los grandes poblados fortificados emergen, o al menos, tienen su apogeo.

Si no se conoce casi nada sobre el poblamiento del Bronce Final en el territorio en análisis, el desconocimiento sobre las prácticas funerarias seguidas en esta misma región, en este mismo momento, es todavía mayor. Puede decirse que únicamente Roça do Casal do Meio, en Sesimbra (Spindler *et al.*, 1973-74) es, de hecho, el único testimonio de un monumento funerario indiscutiblemente del Bronce Final, ya que persisten las dudas en atribuir a este periodo los enterramientos de la necrópolis de Atalaia, en Ourique, y los de Corte Cabreira, en el Algarve.

Con un registro arqueológico de este tipo, se hace difícil la elaboración de una síntesis creíble sobre la naturaleza de la sociedad del Bronce Final en el área meridional del actual territorio portugués. Únicamente es posible comentar una realidad material, casi toda ella descontextualizada.

Lo poco que se conoce sobre el Bronce Final del Sur de Portugal aconseja prudencia en la interpretación, sobre todo a nivel de los análisis sociopolíticos y económicos. Faltan demasiados datos, no se conoce casi nada sobre la organización espacial de los yacimientos de *habitat*, sobre el tipo de economía practicada, principalmente sobre el peso de la explotación de los recursos metalíferos, sobre la demografía, o sobre los rituales funerarios.

Pienso, sin embargo, que los grupos que habitaban al sur del territorio actualmente portugués, estaban formados, en su gran mayoría, por comunidades eminentemente agrícolas, cuya organización social giraba en torno a las relaciones de consanguinidad, donde difícilmente existiría alguna estratificación. Aunque es difícil, a través de los datos disponibles, evaluar el tipo de relaciones sociales entre los miembros de estas comunidades, pienso, a pesar de todo, que lo que conocemos no permite imaginar distinciones entre lugares de consumo y lugares de producción.

Al igual que Carrilero Millán (1993) o Wagner (1995), no pienso que las estelas del Bronce Final se puedan considerar como evidencias claras de la existencia de clases sociales en este periodo, o que sean el reflejo de una sociedad excesivamente jerarquizada y guerrera, como tantas veces continua siendo considerado (Almagro Gorbea, 1977; Bendala, 1977; Barceló, 1989; Gomes y Monteiro, 1976-77; Silva y Gomes, 1992).

No quiero dejar de mencionar que no se puede continuar ignorando la ausencia de contexto arqueológico de estas estelas, y que las interpretaciones realizadas sobre su iconografía han insistido sistemáticamente en el carácter exógeno de los elementos representados, lo que termina, en última instancia, por restar cualquier tipo de originalidad al grupo au-

tóctono que las esculpió. Por otro lado y desde mi perspectiva, las representaciones gravadas en las estelas no remiten, necesariamente, a la existencia de guerreros. Creo que Carrilero Millán (1993: 166) probó que no es evidente que esos guerreros, si de hecho existieron, quedasen completamente ajenos al proceso productivo y que no participasen en él de algún modo, teniendo que admitir que su prestigio no tuviese forzosamente una contrapartida económica. Independientemente de la función que estas estelas asumieron (señalar sepulturas, delimitar territorios, indicar caminos) y de la iconografía en ellas representada, aunque puede que reflejen simbólicamente a algunos poderosos, no debe olvidarse que en las sociedades precapitalistas la posesión de poder no coincide necesariamente con la posesión de riqueza.

Así pues, del otro lado del espejo, no es posible vislumbrar una sociedad estratificada, ya que los únicos indicios de esa estratificación se presentan desenfocados y mal definidos, en superficies de difícil lectura, siendo importante insistir en la total descontextualización de las mencionadas estelas.

Sin embargo, la existencia de poblados de grandes dimensiones, controlando o no a otros más pequeños, así como las estelas y el monumento funerario de Roça do Casal do Meio, permiten pensar que en estas comunidades agrícolas, donde las relaciones sociales se organizaban en torno a estructuras de tipo parental, existiría ya una incipiente jerarquización social, implicando la emergencia de las elites sociales. Pero ante la información de la que se dispone, confundir esa jerarquización y la existencia de esas elites con cualquier tipo de estratificación no parece posible. El hecho de que ciertos miembros de las comunidades del Bronce Final del Sur de Portugal hubieran adquirido, por razones varias (sexo, edad...), una posición que destacara en el tejido social y que esto condujera a la creación de elites y produjo cierta jerarquización, no asegura que, en este momento, se pueda hablar de estratos socialmente distintos, donde la división social del trabajo dictase las reglas de las relaciones entre los miembros del grupo, y que esas relaciones se procesasen en términos políticos.

De este modo, y teniendo en cuenta los conocimientos sobre la estructura política y social en el Próximo Oriente en esta misma época, concretamente en el área de donde partieron los colonos que se instalaron en Occidente, no tengo dudas en afirmar que las dos sociedades que se enfrentaron en el actual territorio portugués no eran comparables. Además del evidente desajuste en términos tecnológicos, la estructura social de los fenicios estaba acentuadamente jerarquizada y estratificada, siendo obvio que las rela-

ciones que se establecieron entre los miembros de esa sociedad eran de tipo eminentemente político.

El Templo y el Palacio, las instituciones responsables y reguladoras de la expansión colonial hacia el Mediterráneo, no tienen paralelo en el territorio que se analiza, ni creo que tampoco en el resto de la Península Ibérica.

En este sentido, considero que las relaciones que se establecieron entre los colonizadores/comerciantes fenicios y la población que habitaba en el sur de Portugal, fueron de tipo colonial y, por ello, desiguales y asimétricas, como desigual y asimétrico fue el tipo de comercio practicado. No puede olvidarse que se cambian grandes cantidades de metales por productos alimenticios y objetos manufacturados. Así, aún admitiendo, como López Pardo (1987), que la escala de valores de los fenicios occidentales y de la población indígena era distinta, no se puede escamotear el hecho de que los costos sociales de la producción de lo que se comercializaba eran totalmente diferentes.

Parece evidente que fuera con las elites sociales, que al final de la Edad del Bronce comenzaban a emerger, con las que los comerciantes fenicios entraran en contacto y establecieran relaciones comerciales. Éstas acabarían por provocar no sólo profundas asimetrías regionales, sino también una cada vez mayor jerarquización y complejidad social. El comercio colonial que se estableció durante el I milenio a.C. ciertamente fue el responsable de la creación de las desigualdades sociales que transformarían definitivamente la estructura social y política preexistente.

Las elites que ocupaban los grandes poblados de los estuarios verían con la llegada de los colonos y comerciantes fenicios una forma de garantizar y aumentar considerablemente su poder, ya que los objetos que pudieran adquirir contribuirían decisivamente a la reproducción y aumento de las relaciones sociales ya existentes. La ostentación en la muerte de los objetos mencionados, verdaderos bienes de prestigio, se traduce en la aceleración de un proceso de jerarquización que acabaría por conducir a la estratificación.

Conímbriga, Almaraz, Santarém, Lisboa, Alcácer do Sal, Setúbal, Castro Marim, asumen un papel fundamental en todo el proceso colonial, ya que las elites que allí habitaban, y que ostentosamente exhibían su poder en los escenarios de la muerte (como pienso que es evidente en la única necrópolis conocida – la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal), acabaron por integrarse en un sistema que las benefició y que, ciertamente, como ya he mencionado, contribuyó a desestructurar todo el sistema social anterior.

La localización geográfica de estos yacimientos permitía el acceso directo hacia un *hinterland* rico en metales, lo que también presupone que serían esos poblados los que controlaban el trayecto hacia el litoral de los materiales extraídos en el interior. Al proporcionar a un segmento específico de la población la dinamización del comercio con los fenicios, transformó esos yacimientos en verdaderos lugares centrales y confirió a las respectivas elites un poder que ambicionaban y que pudieron administrar en beneficio propio. Pero además de importantes lugares de consumo, esos poblados pasaron a ser centros de concentración y redistribución de bienes, papel que les confería un estatus privilegiado. Concentrando los productos alimenticios y objetos manufacturados que recibían de los comerciantes fenicios, los distribuían por los poblados de su *hinterland* inmediato y, a través de los ríos, hacia el interior, del cual recibían las materias primas (el estaño de las Beiras y la plata y el cobre del Alentejo), que «vendían» a los fenicios, que las transformaban parcialmente en sus factorías, como se puede comprobar, por ejemplo, en Santa Olaia.

Estos yacimientos, detentaban, de este modo, un papel preponderante en la gestión de los recursos, en la organización de los territorios y en la estructuración del comercio, con lo que parece claro que fueron los responsables de la fundación de otros yacimientos. Éstos dependerían de ellos o mantendrían fuertes conexiones de carácter económico, político e ideológico. Es el caso de Setúbal, en el estuario del Sado, y de Crasto, en el Mondego, cuya fundación puede haber tenido su origen en Alcácer do Sal y en Conímbriga respectivamente. En lo que respecta a Crasto, ya tuve oportunidad de mencionar que su fundación pudo haber sido pensada por las elites de Conímbriga que verían ventajas en localizar más cerca de Santa Olaia las fuerzas productivas que asegurarían a la comunidad exógena que allí residía los medios necesarios para su supervivencia. En cuanto a Setúbal, su localización, frente a la orilla del Sado, puede indicar la necesidad de un mayor control al acceso hacia Alcácer y Abul, ya que las entradas en el estuario, de este modo, serían vigiladas fácilmente.

Creo que los datos disponibles permiten también defender que las regiones estuarias del litoral portugués constituían unidades administrativas concretas, que estaban organizadas entorno a elites que el comercio fenicio hizo progresivamente más poderosas. Parece claro que esas unidades detentaban un evidente comportamiento territorial y todo indica que existían sistemas sociales y poblamientos jerarquizados.

Admito que, durante la primera mitad del I milenio a.C., existían, en el litoral actualmente portu-

gués, sociedades regionalmente organizadas y jerarquizadas, con una clara expresión territorial, lo que evidencia formaciones sociales complejas, próximas a lo que la Antropología registró como «jefatura compleja». Esta estructura social corresponde al final, exactamente, a lo que Jorge de Alarcão sugirió para la región del estuario del Sado, cuando preconizó en la zona, la existencia de una sociedad piramidal «...com um príncipe suzerano em Alcácer e chefes vassalos (na herdade do Gaio, por exemplo)...» (1996: 30).

Como tuve la oportunidad de escribir respecto al Estuario del Mondego, me parece, que la prudencia aconseja cierta contención sobre la importación directa de modelos exteriores a la Arqueología, debiendo tener en cuenta que la ubicuidad y atemporalidad del modelo de las jefaturas son tan grandes que parece que este modelo no posea, en este momento, un contenido sustancial. Es por ello que no me atrevo a aplicar este modelo a las realidades que he podido analizar, a propósito de las cuales únicamente puedo decir que me parece indiscutible que los grupos humanos constituirían, durante la primera mitad del I milenio a.C., unidades sociopolíticas construidas sobre territorios controlados y gobernados por elites que coordinaban las tareas productivas, organizaban la producción y dominaban las relaciones económicas con los fenicios, pudiendo deducirse que este sistema organizativo implicaría la existencia de relaciones de producción específicas y, sobretudo, una jerarquización intergrupala.

El creciente poder de un segmento de la población autóctona se debió, en gran medida, a la llegada de fenicios al litoral portugués y pudo conducir, a partir de un momento determinado de la 2ª mitad del I milenio a.C., a una efectiva diferenciación social que puede corresponder al embrión de una organización de tipo proto-estatal. Creo que en la II Edad del Hierro el sistema social sobrepasó los lazos de parentesco en los que se basaba la organización de la sociedad en los primeros años de contacto con las poblaciones exógenas, para ganar peso u otro tipo de relaciones sociales que pueden corresponder a un Estado arcaico.

No puedo terminar mi análisis sin mencionar que los datos arqueológicos que he analizado me permiten suponer que la instalación de fenicios en Santa Olaia y Abul fue ciertamente precedida de contactos previos, ya que es necesario pensar que esa instalación dependía de la existencia de recursos que la justificasen y de la posibilidad de su explotación. Esa existencia y esa posibilidad implicaban, por tanto, no sólo el conocimiento de la región, sino también el contacto directo con la población que allí habita-

ba, siendo obvio que sólo ella podía proporcionar el acceso a los recursos y, de algún modo, garantizar la fundación y funcionamiento de los yacimientos fenicios. Parece evidente que la instalación permanente de fenicios en el litoral portugués ocurre en un momento en el que el comercio era ya una realidad. De hecho, pienso que es incuestionable que los materiales arqueológicos orientalistas recogidos en Santarém y Conímbriga, por ejemplo, son más antiguos que los conocidos en Abul o Santa Olaia.

Realmente, no es posible admitir la instalación de poblaciones exógenas que pretendieran la explotación y exportación de los recursos locales en cualquier territorio sin un «consentimiento» previo de la población que en él habitaba, salvo en los casos en los que esa presencia se produjese en términos de ocupación militar, lo que, manifiestamente, no es el caso.

Aún cuando los colonizadores y los colonizados presentan formaciones sociales radicalmente distintas, dominando los primeros toda una serie de conocimientos tecnológicos que la población local desconoce, es necesario que las elites locales piensen que van a obtener ventajas en el proceso de colonización (y así, de algún modo, la autoricen), ya que son ellas las que conocen los caminos que conducen a las fuentes de las materias primas, en este caso los metales. Sin querer negar que todos los procesos coloniales implican explotación de recursos y de mano de obra locales y que las relaciones que se establecen, en términos de comercio practicado, son desiguales y asimétricas, tengo que admitir que la instalación de fenicios en el litoral del actual territorio portugués fue consentida, por ser beneficiosa para las elites locales, que en dicha instalación encontraron un medio de profundizar y reproducir un sistema social en el que detentaban un estatus superior.

Sería también inevitable que en esta síntesis final me cuestionase sobre los motivos que llevaron a los fenicios occidentales a recorrer un difícil trayecto marítimo por el Atlántico hasta alcanzar el litoral de nuestro territorio.

Debo comenzar por recordar, que las áreas afectadas por la actividad comercial fenicia fueron restringidas. También he defendido ya que los grupos humanos que en ellas habitaban estarían socialmente organizados en sistemas poco complejos y escasamente jerarquizados.

En este contexto, parece difícil justificar que la frecuencia en nuestras costas de navegantes-comerciantes de origen oriental se pueda explicar exclusivamente por la necesidad de nuevos mercados, donde esos comerciantes pudieran colocar sus productos. Independientemente del hecho de que la existencia

de mercados dirigidos por la ley de la oferta y la demanda en las sociedades precapitalistas pueda ser cuestionada, el hecho es que el tipo de estructura social que los fenicios occidentales encontraron en el actual territorio portugués, no parece ser compatible, al menos en un primer momento, con una actividad comercial que se encuadre en los modelos formalistas de la economía política, en los que el mercado aparece como el contexto que regula el precio y el comercio. Por el contrario, los datos arqueológicos que he manejado me permiten asumir que el comercio practicado fue de tipo colonial. Así, y a pesar de ser incuestionable la existencia, en el Occidente de la Península Ibérica, de «lugares de mercado» y de que me parece evidente que existían valores pecuniarios, de los que las pesas de plomo de Almaraz, del Cerro del Villar y de la Fonteta son testimonios, tengo dificultad en admitir que esos «precios» pudieran variar de acuerdo con las leyes del mercado, especialmente con la oferta y la demanda, cuya existencia, además cuestiono. Creo que aunque haya habido «demanda», la sociedad indígena del Sudoeste no estaría, social y políticamente, en condiciones de rentabilizar la «oferta». De esta forma, la existencia de un «mercado» no es posible, dado que, al igual que el resto de los elementos, la «oferta» es fundamental para encuadrar la actividad comercial practicada en los ya mencionados modelos formalistas.

Así, parece que los objetivos de los fenicios occidentales fueron los recursos disponibles en el occidente de la Península Ibérica. Cuales fueron exactamente los recursos objeto de explotación no es cuestión fácil, ya que la tradicional explicación basada en la riqueza metalífera de la Península, recientemente se ha cuestionado (Muhly, 1998) y se han propuesto otras razones para el impulso colonizador fenicio (Moreno Arrastio, 1999). Tampoco puede olvidarse que, desde hace algunos años, Wagner y Alvar han insistido en una colonización agrícola de ciertas áreas del Sur peninsular (Alvar y Wagner, 1988; Wagner y Alvar, 1989), concretamente en el valle del Guadalquivir, modelo que tiene tantos seguidores (Belén Deamos y Escacena Carrasco, 1995) como detractores (Carrilero Millán, 1993).

Si el litoral portugués se constituyó como lugar privilegiado para el reclutamiento de esclavos, como propone Moreno Arrastio para Andalucía (en gran parte basándose en el proceso dirigido a partir del siglo XV por Portugal en África), es muy difícil de demostrar, aún teniendo en cuenta mi simpatía por esta propuesta. Los límites de la evidencia arqueológica y el total silencio de las fuentes escritas no aconsejan entusiasmos excesivos.

La dimensión agrícola de la colonización de la Península Ibérica no se puede cuestionar, como no sea aceptando una presencia de colonos orientales en el valle del Guadalquivir, estructurada y organizada de la forma en que los colegas de la Universidad Complutense de Madrid defienden. Pero los recursos que la agricultura proporcionaba, ciertamente, fueron aprovechados por las poblaciones que se quedaron en Abul y Santa Olaia, y se debe aceptar que los grupos humanos con origen en el área del Estrecho que se instalaron en los poblados indígenas no podían dispensar esos mismos recursos.

De cualquier modo, me gustaría insistir en que los datos arqueológicos se conjugan de manera que permiten defender que la presencia en el litoral portugués de fenicios durante el I milenio a.C., se debe relacionar preferencialmente con los recursos metalíferos que nuestro territorio podía proporcionar. La localización de los yacimientos orientales y orientalizantes en la desembocadura de los ríos con acceso directo a regiones con señaladas potencialidades mineras y, sobre todo, la evidencia en Santa Olaia de actividades metalúrgicas de cierta dimensión, permiten esa lectura, aún sabiendo que, para Muhly, esa evidencia no adquiere ningún significado, ya que consideró de pequeña escala las actividades con la dimensión de las operaciones metalúrgicas del Cerro Salomón.

Termino llamando la atención hacia el hecho de que «el episodio fenicio» en el actual territorio portugués implicó, no sólo la adquisición de nuevas tecnologías, sino también profundas transformaciones en la estructura social y política del mundo indígena, concretamente en las áreas en las que es evidente el establecimiento temporal o permanente de poblaciones originarias de la región del Estrecho de Gibraltar. Además, no tengo muchas dudas en cuanto al hecho de que el territorio que constituyó el Sur no puede encararse como una unidad cultural única, teniendo que admitir que en él existirían, incluso en las áreas que fueron «orientalizadas» más profundamente, singularidades y asimetrías de variada naturaleza, que se nos escapan en toda su dimensión o bien no se hacen visibles.

La opacidad que la naturaleza de los datos arqueológicos ofrece respecto a las realidades que deben ser, en última instancia, el objeto de nuestro trabajo, nos limita muchas veces las lecturas deseadas y nos obliga a la presentación de síntesis sólo probables y de modelos con un fuerte componente personal.

No resisto así la tentación de concluir retomando una de las citas del comienzo, reafirmando que también en este caso lo visible es un envoltorio, quedando invisible lo más importante.